

MIGUEL GIUSTI / PEPI PATRÓN (editores)

# EL FUTURO DE LAS HUMANIDADES

Las humanidades del futuro

## Capítulo 1



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*El futuro de las humanidades, las humanidades del futuro*  
Miguel Giusti y Pepi Patrón (editores)

© Miguel Giusti y Pepi Patrón, 2010

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: agosto de 2010

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-10828

ISBN: 978-9972-42-936-1

Registro del Proyecto Editorial: 31501361000410

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## HUMANIDAD Y EMANCIPACIÓN DE LA HUMANIDAD: LA RESPONSABILIDAD DE LA HISTORIA

Michel Vovelle  
Universidad de La Sorbona-París I

Me encuentro interpelado por el título que ustedes han dado a este encuentro: *El futuro de las humanidades, las humanidades del futuro*, cuyo equívoco ha exigido ser develado, en cuanto refleja una postura de gran amplitud. Sin querer eludir mi responsabilidad, pero consciente de los límites de mi competencia, voy a adaptar el discurso a mi formación de historiador, aunque quizá no sea la aproximación más adecuada.

Hablé de equívoco, pero sin querer tomar la vía de la broma, porque es la ambigüedad del término «humanidades» lo que está en juego. El plural nos remite a una herencia pedagógica en las sociedades occidentales donde las raíces se sumergirían hasta la Edad Media, pero más aún se remontarían al Renacimiento, para abrirse a la época clásica como el fundamento de una cultura que está en la base de la formación de las elites. Esta cultura, impregnada de una herencia grecolatina, hizo prevalecer las disciplinas literarias —como se diría hoy en día—, la gramática, la retórica, etcétera. En ella, el latín quedará por largo tiempo como la lengua común de los intercambios, aspecto erudito que se recuperó a través de la religión como un elemento unificador de una cultura compartida por las elites. El colegio era el lugar del aprendizaje de las humanidades y se afirmó como el pasaje obligado en la formación del hombre honesto.

Simplifico demasiado con el riesgo de caricaturizar —se trata de una cultura aristocrática o caballeresca que pasó por otras jerarquías—; pero decimos que en el Siglo de las Luces, es decir, en cierta manera en el apogeo de la época moderna, las humanidades se abrieron modestamente a los recientes conocimientos científicos y a las nuevas curiosidades para el conocimiento del mundo, fieles, después de todo, a una tradición donde las congregaciones dedicadas a la enseñanza, jesuitas, oratorianos y otros, aseguraron su transmisión. Sin retroceder frente a un atajo, es justo decir que las grandes innovaciones se abrieron paso en tiempos de la Revolución Francesa: la parte laica y la secularización progresiva de las estructuras de enseñanza, según los países, así como de la sociedad, la proliferación de nuevos proyectos pedagógicos,

incluso experiencias efímeras (entre 1789 y 1799), que no abolieron el concepto ni la realidad de las «humanidades».

En las estructuras de enseñanza media —llamadas también secundaria—, liceos y colegios, acompaña al siglo XIX una parte no desdeñable de la herencia de las humanidades, si bien las ciencias modernas y parcialmente las técnicas se hicieron de un lugar. El escolar Jules Vallès —*Le bachelier* mientras tanto se volvió *L'Insurgé* en 1871— aplicó todavía en los años 1860 la versificación latina, pero en 1906, una vez más, la tesis del historiador Philippe Sagnac sobre *La venta de los bienes nacionales por la Revolución* fue redactada en latín. Como estudiante del liceo, a fines de los años 1940 seguí el orden jerárquico de la enseñanza clásica con el latín, aquel de los buenos alumnos; esta era mejor considerada que la moderna. Y mis profesores se sorprendían de que los gemelos Vovelle no aprendieran también el griego, siguiendo el ejemplo de su hermano mayor, cinco años antes. ¿Las cosas habían cambiado? Nosotros —es decir, mi familia— somos la confirmación, cuando seis años más tarde en la clase final nos comprometimos a preferir la sección de Matemáticas Elementales a la de Filosofía: la escala de los valores no era más la misma y nosotros debimos conformarnos con este nuevo código, que produjo en nuestra persona un biólogo y un historiador al servicio de la universidad.

No pretendo extrapolar, a partir de esta fugitiva secuencia de «egohistoria», más que una ilustración banal de un fenómeno general, que en nuestras civilizaciones occidentales se inscribe en los decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, con variantes en el espacio y en el tiempo. Mi yerno italiano se sorprendía treinta años más tarde de que yo no supiera griego, pero no me avergüenzo más a mi edad de confesar hoy que mi aversión para el tema latín fue la que me hizo preferir la Escuela Normal Superior de San Cloud, en la prestigiosa calle de Ulm en los años cincuenta.

Es esta imagen de las humanidades, en su acepción restringida, la que ha tenido una longevidad impresionante en el modelo cultural, y las trazas visibles y ocultas subsisten como las nostalgias de más de uno por el atractivo de un mundo que hemos perdido; es evidente que el primer reflejo es inquietarse sobre su futuro.

Sin embargo, también al examinar la segunda hoja del programa que hemos propuesto, podemos preguntarnos qué entendemos por las humanidades del futuro: ¿imitación de las precedentes o realidad enteramente nueva, incluso las diferentes facetas de la humanidad? Entre las dos se interpone la emergencia de la «humanidad» en singular, en el sentido de la totalidad del género humano. Se dirá que ella, con o sin el nombre, tiene sus raíces en la herencia judeo-cristiana, su formulación en el Renacimiento que la asocia al concepto de humanismo. Sin embargo, en mi prejuicio hay un gran punto a tallar —como decían nuestras abuelas—, me place elegir un indicio del origen emblemático en Molière, cuando Don Juan justifica la limosna

que da al pobre diciendo: «yo te la dono por el amor a la humanidad». Abstracción falaz dirán los unos o concepto de porvenir cargado de promesas, en tiempos en que el mundo comenzó a cambiar de Las Luces a la Revolución Francesa, con su sueño de universalidad y de regeneración. Desde luego, nosotros conocemos los límites de Las Luces en el alargamiento de las fronteras, todavía planteados a sus descubrimientos: en esta «Europa francesa» tentada por la anglomanía, pero con Alemania que se emancipa; en la prospección de nuevos mundos que se interrogan sobre el salvaje bueno o malo. Sobre todo esta Ilustración todavía es privilegiada por una cultura de elites brillante, en contrapunto con la masa de excluidos del festín de la cultura. Estas conquistas no se realizaron de un día para otro. Uno de mis héroes fetiches, Anarcharsis Cluots, utópico autoproclamado «ciudadano del mundo» en 1790, no concebía aún que su república universal se extendía más allá del Oural, y conservaría París como capital.

Sin embargo, la humanidad tal como la encontramos en el siglo XIX y aún en el XX, en la polisemia de sus sentidos queda una abstracción temible de materializar: ella puso a nuestras puertas a los pobres y a los excluidos que la filantropía descubrió a través del deber de humanidad. Ella hizo hincharse a la tierra entera, cuando los movimientos revolucionarios soñaron con la emancipación del género humano. ¿Ella pudo ser para los detentores del poder económico, social y político cuando se impuso al capitalismo y a la humanidad el descubrir, conquistar, civilizar, colonizar? Sin duda, nosotros salimos a costa de desventuras, a veces terroríficas, del trágico siglo XX que evoca Eric Hobsbawm, de una visión totalizante de la comunidad humana que fue, a veces, totalitaria. Al mismo tiempo que la mundialización impuso una visión global de posturas colectivas, nosotros experimentamos, al contacto con otras civilizaciones portadoras de identidades diferentes y al interior mismo de nuestra burbuja neo-liberal, tanto la pluralidad como los conflictos internos que afectaron a nuestro modelo cultural. ¿En qué se han convertido hoy en día las «humanidades»? y ¿tiene todavía el término un sentido en cuya acepción estrecha somos la suma de las partes?

Un proceso de utopía razonada se impone al erudito, al investigador y al mismo historiador, no obstante la prudencia frente a toda anticipación prospectiva, para intentar medir en qué se convierten las humanidades heredadas y qué es lo que queda de ellas, pero, más aún, qué pueden llegar a ser mañana.

Ustedes comprenderán que me limito a la disciplina histórica, sin la presunción de proponer una síntesis general, para evitar la trampa de las banalidades y los lugares comunes. A estas alturas del partido, ya no es demasiado fácil, pues por mi parte vengo de afrontar en el dominio de la historia de la Revolución Francesa, en mi más reciente producción *1789. La herencia y la memoria*, la meditación sobre los avatares

de una cultura en conflicto con el tiempo presente<sup>1</sup>. Esto me lleva a hacer un esfuerzo en las reflexiones que quiero seguir, no tanto sobre un evento fundador sino más bien sobre un cuadro más ambicioso, solicitando por adelantado que perdonen los recursos acrobáticos que me van a ver librar. Como quiero evocar el lugar de la historia en las humanidades de antaño, evocaré de buenas a primeras a Jean Jaurès, quien en el prefacio de la *Historia Socialista de la Revolución Francesa* (1900)<sup>2</sup> presenta su método enumerando sus tres mayores fuentes de inspiración: Marx, Michelet y Plutarco. Y el lector novato se podrá asombrar: qué se esperaba de Marx. Todavía no era banal que, en el horizonte de los años 1900, en esta profesión de fe, sea él quien funde una nueva aproximación a la historia, donde lo social y lo económico se afirmaran. La referencia a Michelet, cierta simpatía con Jaurès por sus intuiciones, su sensibilidad a la participación de la tribuna; sin embargo ¿toma sus distancias con una historia romántica, sus exageraciones y sus exclusivismos? Es Plutarco, a primera vista, el que más sorprendió en esta apuesta triple, pero Jaurès asumió la parte, se diría, más cándida de la herencia de las humanidades enseñada en la escuela —que no se limita a la cultura humanista—. Nosotros decimos qué esperar de *Las vidas de los hombres ilustres*: relatos de vidas, de personalidades, la medida de las individualidades en la historia; mientras él mismo abre la puerta a esas masas anónimas. Plutarco es el autor más representativo de la longevidad de esta historia puesta en forma nueva por el Renacimiento; teniendo un lugar singular en la enseñanza con Tácito y otros maestros de la historia romana —más que la griega—, emite juicios sobre los grandes hombres, los acontecimientos, las virtudes y los vicios. Las crónicas reales, los textos religiosos de los *exempla* cristianizaron sus discursos en los que no había lugar para enumerar con condescendencia la parcialidad, las lagunas, los errores y los prejuicios. Voltaire lo hizo en *El Siglo de Luis XIV*, en el *Ensayo sobre las costumbres*, inaugurando todavía más una nueva manera de escribir la historia fabricada a partir de las fuentes.

De ella se esperó bajo la Revolución Francesa y por largo tiempo aún ofreció lecciones, ejemplos, modelos: es lo que cruelmente Marx evocará al hablar de los héroes del 89 y el 93 que hicieron su revolución de «harapos de los romanos», como escribían las traducciones francesas de mi juventud. No tengo la ambición ni la intención de relatar cómo se elaboró, en el transcurso del siglo XIX, una nueva versión del lugar de la historia en las humanidades, en el siglo que separó Saint Just o Desmoulins de Jaurès. La historia tuvo un lugar no desdeñable en el lenguaje clásico del escolar o del estudiante de liceo, a merced de reestructuraciones institucionales hicieron

<sup>1</sup> Vovelle, Michel. *1789. L'héritage et la mémoire*. Toulouse: Éditions Privat, 2007.

<sup>2</sup> Jaurès, Jean. *Historie socialiste de la Révolution française*. Réed. revue par Albert Soboul, Préface Ernest Labrousse. París: Éditions Sociales, 1969.

volverse la Universidad en Francia, a partir del Primer Imperio, a favor de regímenes políticos sucesivos de la Restauración a la Tercera República. No nos atañe seguir el detalle de las peripecias de la enseñanza. A pesar de la fuerza de la propia inercia del discurso académico, este no puede ser insensible a las grandes ondas que afectaron a la Escuela histórica francesa, entrando gradualmente a la modernidad al salir del estremecimiento fundador de la Revolución y del Imperio. La historia sistema de Guizot y de los doctrinarios de la escuela «abstracta», de la historia romántica, de Thiers y Mignet, antes de 1830. He aquí que luego de la revolución, del enardecido discurso de Michelet, esa leyenda del pueblo a través de las edades y las revoluciones abrió la carrera de los maestros de la historiografía revolucionaria: Edgar Quinet, Louis Blanc, Henri Martin adaptaron al uso de un público más popular, el sueño de la revolución en el transcurso de un fresco plurisecular, donde la novela histórica bajo la pluma de Alejandro Dumas y de otros autores, desarrollaron los episodios de la Edad Media o las grandes horas de la Monarquía. ¿Brotan aquí las razonables fronteras de las «humanidades»? La historia erudita que sienta las bases de su método en Francia como en Alemania, entonces a partir de las fuentes y de las inscripciones, vuelve a los períodos clásicos y conserva sus posiciones constitucionales y académicas.

Tanto es así que a fines del siglo XIX nos confrontamos en Francia, bajo la naciente Tercera República, a esta simbiosis paradójica de dos elementos contradictorios: una ciencia histórica que tiene como meta la objetividad científica de la escuela positivista, tal como Langlois y Seignobos dictaron las normas. La historia se escribe con los textos y el investigador aspira, en la compilación de los documentos, a minimizar su propia intervención. Al mismo tiempo, esta historia quedó atada a lo que se denominará *événementiel* o «acontecimental», y estrictamente política, salvo neutra: contrarrevolucionaria con Hyppolyte Taine, y en otros autores como Alphonse Aulard, historiador radical, primer profesor en 1889 de la cátedra de historia de la Revolución Francesa en La Sorbona, portadora de un mensaje al servicio de la República y de sus instituciones.

En este cuadro, las humanidades cambian de estilo y, al mismo tiempo, la sociedad se compromete con una vía democrática: en la nueva pedagogía, la enseñanza primaria toma un lugar no desdeñable, inspirando la escritura de manuales que difundieron los valores republicanos que se apoyaron en las lecciones de una historia donde la vuelta de la Revolución Francesa tiene un lugar capital. Se considera hoy este catecismo republicano con una condescendiente retirada, o por lo menos toma sus distancias frente a una pedagogía directiva, prescriptiva, chauvinista, apologista de la vocación civilizadora de la colonización. Esta formó generaciones de ciudadanos, desde los grados más modestos de la escuela primaria hasta el elitismo todavía riguroso de los estudios clásicos en los liceos.

En el horizonte de 1900 es que encontramos a Jaurès con su historia socialista de vocación popular, pero esta se fundó, por sus ambiciones metodológicas, sobre una historia diferente, de la cual el siglo XX ha sido el directo heredero. Si algunos han apelado a él, es bajo la influencia de las transformaciones de la civilización contemporánea en el horizonte de 1900, así como de sus conmociones, donde la gran carnicería de 1914-1918 abrió el abismo, pero más directamente al contacto con las nuevas ciencias humanas como la sociología emergente después del fin de siglo, es que se produjo el gran viraje de los años 1930 en las ciencias históricas.

Marc Bloch y Lucien Febvre, fundadores de la revista *Annales*, dieron vida a la escuela en Francia, que enseguida se difundió a través del mundo. A partir de los años treinta hasta los años setenta al menos, dieron un nuevo impulso a los estudios históricos. Sus promotores rechazaron la historia «acontecimental» o «batalla» en nombre de una apertura a canteras nuevas de la economía, de la sociedad y de las civilizaciones, siguiendo la trilogía del título de la revista. No tengo la ambición de seguir los avatares de la aventura historiográfica del siglo XX. Bajo la influencia de notables personalidades, Fernand Braudel inscribe en la larga duración el espacio de las civilizaciones. Ernest Labrousse abrió las canteras de la historia económica y social, y todos los otros, de Robert Mandrou a Georges Duby o Jacques Le Goff, sentaron las bases y prospectaron los territorios en los que se apoyó, en la década de 1970, lo que se consideró como la nueva historia. Ello no fue hecho todo en un bloque, ni fue desde el comienzo triunfante, se esforzaría por establecer una hegemonía largamente contestada, en especial por el otro Atlántico, y ella ha conocido fases sucesivas, de la primacía de la historia económica, de precios y de beneficios, a la historia social cuantitativa que cuenta, mide y pesa según la expresión de François Siniand, objetivo común con la historia demográfica que nacía en esos años. En los años sesenta, siendo un joven historiador, tomé el tren en marcha en buena compañía y contribuí con Robert Mandrou, Georges Duby, a dar vida a la historia de las mentalidades, cuya reputación en los años setenta tendió a reemplazar aquella de la historia social y económica.

Todo esto me parece ahora lejano, efecto de la edad, ya sea que nuestros descubrimientos se hayan banalizado perdiendo su efecto de provocación, ya sea que ellos fueron a su turno discutidos en su vocación. La crisis y el eclipse de la Escuela de los *Annales*, y su desarrollo hacia aquello que es hoy en día, es a lo que quiero volver sin más tardanza, a fin de calcular lo que podemos esperar de las disciplinas históricas como contribución a las humanidades del futuro.

La historia de nuestros días, cómo se fabrica, cuáles son sus territorios, cómo se enseña y, sobretudo, qué es lo que le espera: sobre esto solo pretendo dar una apreciación, planteando más los problemas que las respuestas.

Se le ha llamado triunfante en los buenos tiempos de *Annales*, otros hablan hoy día de su crisis. Los unos y los otros tienen una parte de la verdad. No se puede hacer la historia sin escapar a la renovación revolucionaria de los medios de prospección, de tratamiento, de comunicación. Con alguna nostalgia me desembarqué hace poco de veinte mil fichas hechas a mano, en las que recogí hace cuarenta años las últimas voluntades de los provenzales de los siglos XVII y XVIII según las cláusulas de sus testamentos, para tratar de sondear su representación de la muerte. Esta cuantificación escandalizaría, entonces, a los buenos apóstoles como un atentado a la historia religiosa clásica. Pero hoy en día, cuando los investigadores franceses e ingleses van a los archivos con las máquinas fotonuméricas para hacer una colección, donde la computadora les facilita el tratamiento estadístico, la cuantificación a mano de los años; 1950 puede aparecer como un souvenir, al límite conmovedor. Más aún que las técnicas, es la mirada del historiador lo que ha cambiado.

La historia tal como la he visto practicada por la generación de mis discípulos y sucesores, pone de relieve un cierto número de cuestiones profundas.

Mi generación, en la escuela de Ernest Labrousse mucho más que la de Fernand Braudel, se fundó en la idea de la primacía de lo social, él mismo fijó en el cuadro de estructuras económicas, el ritmo para los movimientos de la coyuntura. Lectura marxista o marxiana, dirán más o menos, clasista en todo caso, que nos lleva hacia las fuentes masivas de lo fiscal, lo notarial, el registro. Antes de volverse arcaica bajo la mirada denigrante de las críticas actuales, ella abrió perspectivas inmensas. Sin embargo, nosotros hemos pasado del todo social al todo político de acuerdo con el desarrollo de varios procesos, como eco de una misma causa: la crisis de las ideologías de fines del siglo XX.

Se trata de lo que designé como el relevo de la historia de las mentalidades, que fue esa necesidad sentida por toda una generación de salir de los puntos muertos de una sociografía descriptiva para interrogarse sobre las motivaciones, las actitudes y las representaciones frente a la vida, el amor, la sexualidad, la muerte, aquello que con alguna imprudencia Philippe Ariès nombró como el inconsciente colectivo. Nosotros no vamos más allá, la historia de las representaciones, que no puede ser sino una vicisitud de la historia de las mentalidades, manifiesta la hegemonía actual de la historia cultural en su diversidad.

El regreso de la política —que de hecho jamás se olvidó— está ilustrado en el cuadro del debate en torno a la Revolución Francesa, por François Furet, Mona Ozouf y los representantes de la escuela «crítica», en referencia a aquella que llaman clásica, incluso jacobina, o jacobino marxista, en la tradición jauresiana. Aproximación reflexiva que se apoya en los discursos de asamblea, así como en la herencia historiográfica; ella es portadora de una ideología que tiende a disipar la ilusión de

la vulgata jacobino marxista, abandonarla y sustituirla por otra de acuerdo con el pensamiento liberal actual. Sin embargo, hay otras formas de recuperar la política sin renunciar a lo social, y yo intenté experimentar esas vías en mi obra *El descubrimiento de la política. Geopolítica de la Revolución Francesa*<sup>3</sup>.

Nuestra historia, a pesar de la vitalidad de las investigaciones del pasado lejano en la arqueología de los estudios medievales, ilustrados por maestros como Georges Duby, tienden a convertirse cada vez más en la historia —más— contemporánea o del tiempo presente, lo que es un bien en referencia a aquella del ayer que en mi juventud todavía se interrumpía casi en la Primera Guerra Mundial. Ella se asemeja a la larga duración braudeliana, pero al mismo tiempo ha redescubierto el acontecimiento, sea fundador o sea trauma. Al interés que alcanzaron ayer las clases sociales y las aproximaciones macroscópicas, lo substituyó la valorización de los casos de estudio en el cuadro de la microhistoria, donde italianos e ingleses abrieron la vía. Luego, se inclina por los «excluidos» de la historia, a favor de la historia de las mujeres, de las esclavas, de los desviados o considerados como tales. La historia reforzó sus lazos con las otras ciencias sociales, un fondo de atractivo ya sensible se vislumbraba a inicios de siglo frente a la sociología. Después, se pudo temer en tiempos de Emmanuel Le Roy Ladurie, que se convirtió en el campeón de la historia inmóvil, que ella se perdería en la antropología histórica.

¿Se puede ver en esta dinámica una prueba de salud o un índice de crisis? De la historia que se escribe a la historia que se enseña o la que es recibida, se puede comenzar a percibir algunos rasgos. En el sistema pedagógico actual, me refiero a Francia, pero se puede extrapolar, ella parece una disciplina en peligro, más allá de las recriminaciones descontadas a la enseñanza. Frente a la atención creciente que llevó a las disciplinas científicas, ella no se puede marginar y tampoco puede pretender sobrevivir sin modernizarse para responder a las demandas actuales. Ella no es más prescriptiva y se rechazó el fracaso del catecismo republicano a nombre de una disciplina de apertura y reflexión. Nuestros manuales, con un cierto tiempo de latencia, después de decenios puestos al ritmo de la larga duración braudeliana, grandes espacios de civilización valorizan la economía, las sociedades, las culturas y se expanden progresivamente en el mundo. El acontecimiento, tal como la Revolución Francesa, pastel de esta historia —casi— sin fechas, sin batallas o sin los héroes de antaño es devuelto a su lugar, ¿es inevitable el rescate? El escolar pierde la continuidad del hilo histórico y quienes están convencidos de ello, lo plantean como un elemento central en el retroceso de la cultura histórica.

---

<sup>3</sup> Vovelle, Michel, *La Découverte de la politique. Géopolitique de la Révolution Française*, Paris: La Découverte, 1993.

Sin embargo, aquí el atestado innegable, pero ambiguo, es la división entre la apertura de una pedagogía de la historia más fácil de abordar, más amable por el recurso al documento y a la imagen, y la revelación del declive de una cultura histórica entre los jóvenes que no es más que el reflejo de un fenómeno social más general. La paradoja es más notoria todavía. Actualmente, en una librería ¿quién no está asombrado por la proliferación —es cierto que en el seno de una oleada más general, algún día incontrolable— de títulos históricos? Se encuentran títulos eruditos, fruto de investigaciones actuales, estos no han hecho suya una prima, con una tasa media de ochocientas ventas estimadas por un ensayo de ciencias sociales, los editores no sacan más; pero, los ensayos hechos de prisa, sobre los héroes del momento y los temas de moda, las novelas y ficciones históricas, con frecuencia se hacen objeto de un éxito creciente. Este es inseparable de la imagen televisiva, más que de una película que marca el paso o se pone de moda como en la reciente *María Antonieta*, ilustración de los estereotipos y clichés de la civilización americana del siglo XXI.

¿Una sociedad del momento presente que se proyecta habitualmente más en el futuro con el gusto apocalíptico de la ciencia ficción, con el soporte de los medios de comunicación masivos para el uso de pequeños y grandes, que necesitan de la historia para alimentar sus fantasmas? He aquí que nos ubicamos ya no en los alrededores, sino en el corazón de la crisis de la historia en nuestro sistema cultural. Sé que no es de buen gusto expresar el hastío con respecto a un tema también agotado, que en la época de mi juventud era el ascenso de la burguesía. No obstante, no quisiera negar la evidencia y remito a los orígenes.

El proclamado fin de las ideologías, al ser oficializado por la implosión de los sistemas del socialismo llamado real en los años noventa, llevó a un golpe, estimado como definitivo, de la idea de la transformación voluntaria del mundo donde la Revolución Francesa fue la demostración discutida; pero más aún, de la idea del sentido de la historia hacia un progreso de Las Luces, cuyas perspectivas trazó Condorcet. El marxismo se reapropió de esta finalidad, sin que fuera su monopolio. Mi maestro, Ernest Labrousse, evocaba todavía para nosotros las «anticipaciones» de la Revolución.

Puedo decir que estas no están más de moda. De la izquierda social demócrata a la casi totalidad de las extremas izquierdas europeas, el tema de la toma violenta del poder hoy en día es rechazada en beneficio del juego de las instituciones democráticas, que el pensamiento neoliberal creó, en mi opinión, en ausencia de un proyecto alternativo creíble.

Denunciando en su última obra *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX* y lanzando el eslogan —aquel que reduce caricaturizando

su reflexión— «la Revolución se terminó»<sup>4</sup>, François Furet parece haber dado fin a la palabra historia. Delegando a Vittorio Strada, su colaborador en la obra que coordinó en 1989 sobre *La herencia de la Revolución*, el cuidado de evocar el porvenir, fue él quien puso un punto final al ciclo de revoluciones de los siglos XIX y XX, exponiendo que no habría en adelante más que las revoluciones de la tecnología y, sobre todo, de la comunicación. Las conmociones de los años noventa pueden aparecer como una confirmación estrepitosa dejada sobre un balance mucho más matizado, comprensivo y amargo. Las revoluciones existen todavía, aunque estas han cambiado de ideología, sustituyendo al progreso de Las Luces el oscurantismo de los integristas.

Decretar el fin de la historia de forma imprudente, como afirmó Fukuyama, chantre del optimismo liberal, nos confronta a las realidades trágicas de un nuevo orden mundial impuesto por la fuerza. En este contexto trágico, ¿la historia todavía puede aspirar en nuestros días a tener un carácter moral, cívico, universal?

Mi obra sobre la herencia y la memoria no tendrá algún suceso, porque está en desacuerdo con la versión furetista y con la brisa de los tiempos, reúne las lecciones de mi experiencia durante el bicentenario de la Revolución. Justamente, detallando las vías de la erosión de la memoria de la Revolución Francesa, se puede abrir la vía para algunas consideraciones.

En la crisis actual francesa y europea de lo político, conmueve no solo el descrédito de la clase dirigente, más todavía el desinterés de la ciudadanía, el rechazo de la juventud, aunque este es todavía de buen tono, a la urgencia de defender los valores, como dije y repetí de forma un poco encantatoria. Y es ahí que la herencia legada por la Revolución, enriquecida de nuevas demandas, guarda todo su lugar.

La historia se abre a la consciencia democrática. Sin embargo, tuvo candidez —o hipocresía— al apoyarse sobre el pseudo-consenso en torno de los derechos del hombre, como se hizo en tiempos del bicentenario. Pero también parece que su enunciado está lejos de lograr la unanimidad. La grandeza del mensaje de la Revolución Francesa fue, a la vez, su universalidad y, a lo que apelaré, su flexibilidad, de un término que apenas me gusta: lo entiendo como esa actitud, después de dos siglos, de abrirse a nuevas necesidades, a nuevas exigencias. Hoy son dos herencias que están, en cierto modo, en proceso. La parte laica, entendida como la separación del Estado y de lo espiritual garante de la libertad de pensamiento, de práctica y de expresión, no hizo la unanimidad en el cuadro europeo o mundial. El peso de la religión, invocado como sustituto de la idea de progreso humano heredado del humanismo y de Las Luces, influyó la emergencia actual de la reivindicación de las identidades

---

<sup>4</sup> Furet, François. *Le Passé d'une Illusion. Essai sur l'idée communiste au XX siècle*. París: Robert Laffont et Calmann-Lévy, 1995.

colectivas. Este es el ingrediente de los integrismos de tipo islámico, por ejemplo, así como de las democracias que utilizan el argumento «Sobre Dios» para justificar sus iniciativas aventuradas. La reivindicación de las identidades, emergentes después de los años setenta sobre bases más antiguas, ha sido acogida algunas veces con presunción —incluso escarnio—, y frecuentemente con simpatía, como la reivindicación de una personalidad cultural y lingüística oprimida en un cuadro regional o nacional. Ella tomó una amplitud inédita después de la explosión de los antiguos imperios o confederaciones. Pero, se observa también con espanto el regreso, en los Balcanes —por poner solo un ejemplo—, de los conflictos de nacionalidades en su forma arcaica, tal como se dieron en el siglo XIX.

La reivindicación identitaria pasó también por aquella de comunidades al interior de entidades espaciales, en el mismo seno de la ciudad. Después de los años setenta, en Estados Unidos el suceso de *Roots* parecía desencadenar una toma de consciencia que se podía muy rápidamente alargar a otros grupos.

Se asiste al ascenso de la reivindicación feminista, donde la *gender history* o historia de género es la versión científica, pero también tenemos a las minorías homosexuales. Tantas conquistas no solo legítimas, sino que se inscriben en la línea de un progreso histórico de humanización. Pero no se puede evitar ser sensible a los peligros del comunitarismo, tal como se manifestó en todos los planos.

La historia está llamada a participar en este debate por la importancia que ha cobrado la memoria o las memorias. Al lanzarse, en los años ochenta, al descubrimiento de los lugares de la memoria, Pierre Nora sin duda no sospechaba la amplitud tomada por este tema. Este estuvo, no obstante presente, pero se ocultaba, como se dice con alguna exageración, en la memoria de la Shoah que explotó en esos años, al mismo tiempo que la memoria revelada del Goulag y de las masacres del estalinismo. Memoria obstinada, pero que ha tenido al margen aquella del genocidio armenio. Es así que todas las memorias hoy en día reivindican el derecho al reconocimiento o a la reparación. El año 2005 en Francia se afrontó el conflicto de memorias: «la memoria positiva de la colonización» fue votada por el derecho parlamentario al mismo tiempo que aquella de la esclavitud y maldecida bajo la presión de una corriente de opinión. Estos antagonismos dividieron la opinión, al mismo tiempo que la historia y los historiadores fueron interpelados, incluso agredidos. La memoria retocada con algún autor, no es la historia, ella está cargada de herencias afectivas, de fantasmas eventualmente mortificados. Y, sea como fuere, no se sabe, a nombre de la memoria, prescribir una verdad histórica oficial, a menos que, conceden algunos, ella no repose sobre hechos materiales verificados —como la realidad de los campos de exterminación—. Y de derecha como de izquierda, las personalidades toman sus distancias con respecto al concepto, lanzado con algún éxito, de «arrepentimiento».

El ciudadano más que el historiador no puede sumergirse en el pasado, le resulta indispensable no ignorarlo en una medida a determinar: la historia. Esta historia a pérdida de indicios, ¿estará luego a la desbandada? Esto de la mundialización, donde la cuestión de Europa no es más que una etapa o una provincia según lo que se quiera.

Hay que decir de la política del gobierno, de la ciudadanía, de la nación, que se adelantó por el contrario a defender, pero también fundamentalmente esto de la integración en un mundo de mezcla generalizada. Reforzamiento del Estado o, por el contrario, comunitarismo identitario, con el fondo del problema religioso. Sin embargo, ¿no es este todavía uno de los aspectos de un porvenir por construir, o cuestiones que se inscriben en el cuadro de un equilibrio mundial que reposa sobre el equilibrio provisorio de una potencia, Estados Unidos, expresión de una relación de fuerza que se ejerce en base a la presión de los excluidos de la prosperidad mundial, donde se plantea el problema del equilibrio natural y energético del planeta? Y decimos sin tergiversar, ¿dónde está la legitimidad y la viabilidad del sistema de liberalismo fundado sobre el beneficio?, eso es lo que está en cuestión. A esta descarga final de perspectivas, pero sobretodo de aprensiones del futuro —esto sería muy sencillo de retocar—, retomando la vieja canción de Paul Valery, y bien de otros, las lecciones de la historia no son de ninguna ayuda, pues ellas jamás servirán de nada.

Esto es dicho demasiado de prisa y la historia puede y debe permanecer en el seno de las «humanidades» del futuro como un polo de reflexión, de análisis, pero también de irrealidad. En la conclusión de mi obra sobre la herencia y la memoria perdida, ubiqué el desarrollo de los retornos de la *Utopía*, revisitada en tiempos positivos por toda una literatura actual. No más aquella de la imaginación cándida de los padres fundadores, ni aquella que se decía científica, pero tampoco la «utopía negra» de la evocación de un futuro totalitario. Al contrario, se debe permitir modestamente y en razón de hacer madurar las «utopías útiles», como se dice, al fijarse en una línea de pensamiento que podría ser la de la emancipación de la humanidad en nombre de un concepto de justicia, aquel al que Jaurès se referiría como una aspiración constante de la humanidad, en el prefacio de su *Historia Socialista*. Es sobre estas bases que quisiera, a mi vez, esperar que la historia encuentre su lugar como un componente de las humanidades del futuro.

(Traducción del francés de Claudia Rosas Lauro)